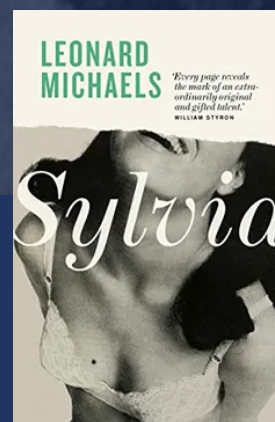


Visita
al territorio de

Leonard Michael



La Escalera
Lugar de lecturas

Sylvia

¡Qué inasible es la vida!
Solo revela sus rasgos en el recuerdo
y la inexistencia.

ADAM ZAGAJEWSKI

En 1960, después de seguir dos cursos de doctorado en Berkeley, volví a Nueva York sin un título, sin la menor idea de lo que haría y con el único deseo de escribir relatos. También había asistido, de 1953 a 1956, a cursos de doctorado en la Universidad de Michigan. En total, cinco años de clases de literatura. No sé de qué otro modo podría haber pasado aquellos cinco años, pero no quería asistir a más clases magistrales ni estudiar para más exámenes ni verme envejeciendo en una biblioteca. En el periódico de la universidad había un anuncio en el que se solicitaba a alguien para conducir un automóvil de Berkeley a Nueva York, con los gastos pagados. Llamé y, unos días después, iba, de vuelta a casa, conduciendo un Cadillac descapotable por montañas y praderas, como un hombre superespecializado de veintisiete años, que fumaba cigarrillos y no podía dar mejor explicación de sí mismo que la de decir: «Me gusta leer». Aunque estos otros hechos no modifiquen gran cosa el relato, tenía muchos amigos, me llevaba bien con mis padres y gustaba a las mujeres. Al dirigirme a gran velocidad hacia la gran ciudad en un gran automóvil ajeno, tenía la sensación de que la vida me sonreía.

El piso de mis padres en el Lower East Side de Manhattan, con cuatro habitaciones y un balcón, era demasiado pequeño para acoger a otro adulto, pero yo no iba a permanecer demasiado tiempo en él. En cualquier caso, mi madre me hacía sentirme como un niño. Parecía natural. «¿Qué estás haciendo?», decía. «¿Lavando los platos? Vamos, vamos, déjalo. Siéntate y tómate una taza de café».

Mi padre suspiraba, movía la cabeza y encendía un puro. Sin palabras, me daba a entender que yo no había hecho nada para satisfacerlo.

Desde el balcón, a una altura de catorce pisos, yo contemplaba el Seward Park. Había mujeres que charlaban sentadas en bancos. Sus hijos jugaban en el cajón de arena. En pistas cercanas, había, mañana y tarde,

partidos de baloncesto y béisbol. Los domingos, se instalaba rápido un rastro en un rincón del parque: ropa barata, chillona, fea, extendida sobre los bancos. Entre los arbustos, podías hablar con un hombre que vendía cámaras y televisores robados. Por la noche, bajo el exuberante dosel de sicómoros y robles, las prostitutas se llevaban a sus clientes. Más allá del parque, hacia el norte, veía Delancey Street, la boca del puente de Williamsburg tragando y expulsando tráfico. Más al norte, estaban el Empire State Building y el Chrysler Building. Desde niño, siempre los había considerado personas importantes de la ciudad. A unos grados a la derecha, veía la complicada estructura metálica del puente de la calle Cincuenta y nueve. Hacia el oeste, allende Chinatown (donde en tiempos vivía Arlene Ng, de diez años de edad, mi primer gran amor) y Little Italy (donde mataron a Joey Gallo, en el Umberto's Clam House de Mulberry Street), asomaban los edificios de las empresas financieras de Wall Street y el puente de Manhattan. Camiones, coches y trenes cruzaban como flechas la red de cables por encima del East River y hacia Brooklyn. Los barcos cargueros avanzaban despacio, como en un sueño, desde el océano o hacia él. En el cielo, escuadrones de palomas trazaban grandes círculos y las altísimas gaviotas formaban líneas rectas. También había gorriones muy veloces y aeroplanos que se dirigían a la India y al Brasil. Noche y día, llegaba, desde todas las direcciones, el runrún de lo *tremendum*.

Pasé horas al teléfono para contar a mis amigos que había vuelto y me quedaba hasta las tantas de la noche sentado a la mesa de la cocina, tomando café, leyendo y fumando. La mayor parte de la ciudad dormía. En el silencio, oía sirenas de policía desde zonas tan lejanas como Houston Street. A veces, hacia el mediodía o más tarde, me despertaban los olores de la comida que preparaba mi madre y que, como la luz, se volvían más tenues con el paso de las horas. Los días eran muy semejantes unos a otros. Nunca sabía el día de la semana en que vivía hasta que lo veía en el periódico. Lo olvidaba al instante. Después de que mis padres se hubieran acostado, salía a comprar *The Times* y luego miraba los anuncios por palabras. Entre miles y miles de empleos, ninguno llevaba mi nombre. Quería hacer algo, no tener algo que hacer. Mi padre, acostado en la cama

grande con mi madre, roncaba al otro lado del cuarto de estar a oscuras, al final del pasillo.

Pese a mis pesares por los estudios —años perdidos, sin doctorado—, aún no me afectaban las opiniones ajenas. No había fracasado gravemente en nada, a diferencia de Francis Gary Powers, por ejemplo, cuyo nombre oía todos los días. Su avión espía U-2 había sido derribado sobre Rusia y él no había conseguido matarse antes de ser capturado. Al contrario, confesó ser un espía. El presidente Eisenhower, quien afirmó que el U-2 era un avión de observación meteorológica, quedó como un mentiroso.

Había pocos héroes. Malcolm X y Fidel Castro, increíblemente valientes, eran figuras de un desorden violento. Los dos habían estado en la cárcel, pero incluso en deporte, donde los héroes son sencillos, podían ser víctimas de la violencia. Una enorme turba bajó de las gradas después de un partido de béisbol, rodeó al gran Mickey Mantle, le desgarró la gorra, le arañó la cara y le dio un puñetazo en la mandíbula tan fuerte, que hubieron de explorarlo con rayos X para ver si le habían roto el hueso.

El olor de la tinta fresca del periódico, película grasienta en la punta de los dedos, se mezclaba con el humo del cigarrillo y el sabor a café. Las páginas pasaban y crujían como el fuego o como huesos rotos. Leí la noticia de que durante el fin de semana del Memorial Day habían muerto trescientas sesenta y siete personas en accidentes de tráfico y, desde el momento en que se utilizó el primer automóvil, más de un millón de personas habían muerto en nuestras carreteras, más que en todas nuestras guerras. Y mira: encontraron muertas a dos hermanas en su piso de Gracie Square, en la bañera, vestidas con camisón. Una de ellas tenía una navaja en la mano. No se hablaba de sangre. Así era el periodismo antiguo, respetuosamente distanciado de la tragedia personal. Nada se decía sobre cómo se habían colocado las hermanas en la bañera. Su vida había ido extinguiéndose, mientras la multitud salía de las gradas como un vómito para rendir culto y mutilar a Mickey Mantle. No había significados grandiosos, solo los clamores de los sucesos. Yo leía asiduamente. Me mantenía informado sobre mi especie.

Una semana, más o menos, después de llegar, telefoneé a Naomi Kane, una buena compañera de la Universidad de Michigan. Habíamos pasado muchas horas juntos tomando café en la Asociación de Alumnos, centro de la vida social y romántica, los cotilleos y la ociosidad. Naomi, que se había criado en Detroit, en una casa grande y confortable, totalmente rodeada de olmos, vivía entonces en Greenwich Village, en el sexto piso de un antiguo edificio de ladrillo de MacDougal Street.

—Empuja con fuerza la puerta de la calle —me dijo—. No hay timbre y la cerradura está rota.

Caminé desde la casa de mis padres hasta el metro, tomé la línea F, me senté y me quedé sumido en una pasividad insensible. El tren corría con estruendo por las entrañas de roca de Manhattan hasta la estación de la calle Cuatro Oeste. Subí tres tramos de escaleras por la sórdida y resonante caverna y después salí a la luz de una calurosa tarde de domingo.

Por las calles del Village pasaban lentas y túrgidas multitudes de visitantes, sobre todo por MacDougal Street, la calle principal entre la calle Ocho y Bleecker Street, con la famosa Librería de la Calle Ocho en un extremo y en el otro el famoso bar San Remo. Yo había pasado innumerables veces por MacDougal Street en mi época de estudiante de bachillerato, cuando mi novia vivía en el Village, y, más adelante, durante toda la etapa universitaria cuando mi segunda novia vivía también en el Village, pero había estado fuera dos años. No había visto aquellas nuevas y enormes muchedumbres y nuevos cafés y tiendas por todo el recorrido. No había respirado la nueva atmósfera apocalíptica.

Por entonces, Elvis Presley y Allen Ginsberg eran los reyes de los sentimientos y la palabra «amor» era como una proclamación con la misma fuerza que la de «matar». La película *Hiroshima, mon amour*, sobre una mujer enamorada de la muerte, era un gran éxito, como también *Orfeo negro*, en la que la Muerte enamorada persigue a una mujer. Vi un grafito pintado con tiza en la pared de la estación de metro de la calle Cuatro Oeste: A LA MIERDA EL ODIO. Otro decía que el alcalde Wagner era una lesbiana: una estupidez espléndida, pensé, pero después caí en la cuenta. Recordé una fotografía del periódico en la que se veía a las cien primeras vigilantes de estacionamientos con uniformes de color azul pizarra. Estaban

en formación, al modo militar, mientras el alcalde les pasaba revista; de ahí lo de lesbiana. Antes de 1960, ¿se podía haber tenido esa idea, haber concebido ese chiste? Había habido una evolución de la sensibilidad, un contagio visionario debido tal vez a las drogas —marihuana, heroína, anfetaminas, barbitúricos—: la poesía de la conversación corriente. El aire estaba impregnado de un extraño delirio y también los lentos y sensuales cuerpos que caminaban, cansinos, por MacDougal Street. Me abrí paso entre ellos hasta que llegué al estrecho edificio cubierto de hollín en que vivía Naomi.

Abrí empujando la puerta de la calle y entré en un largo pasillo pintado con esmalte verduzco, que daba un brillo como de escamas a las paredes. El pasillo conducía derecho, cruzando el edificio, a la puerta de un café llamado The Fat Black Pussy Cat. Impulsado por las opresivas y repugnantes paredes verdes, apenas separadas de mis hombros por menos de medio metro, caminé rápido. Justo antes de la puerta de The Fat Black Pussy Cat, llegué a una escalera con barandilla de hierro. Subí seis pisos acompañado por la vida del edificio. En un tocadiscos sonaba un *blues*; una señora anciana gritaba en italiano a un niño llamado Bassano; en un retrete del pasillo se oía correr sin cesar el agua de una cisterna. En el sexto piso, giré a la derecha y recorrí un pasillo oscuro, más estrecho que el del nivel de la calle. Más allá del rellano, no había luz en el techo. Al final del pasillo se veía la claridad de una ventana. Las frágiles arrugas del viejo linóleo crujían como cáscaras de huevos bajo mis pies. La puerta de Naomi, en tiempos entrada de una oficina, tenía una ventana de vidrio opaco. Llamé. Naomi abrió. Me recibió con un gran abrazo y me hizo pasar a una cocinita.

Tras ella, vi una nevera y un fogón. Un medio tabique separaba la cocina del cuarto de estar, con una abertura para pasar. El tabique servía de repisa para un teléfono, papeles, libros y ropa. Una pared de ladrillo desnudo dominaba el cuarto de estar. El suelo estaba hecho de anchos tablones toscos y astillados, como en un almacén, y cubierto de ropa interior, zapatos y periódicos. La luz, procedente de una ventana alta, llegaba del oeste. La ventana daba a tejados que se extendían hasta el río Hudson y después más allá, hasta los acantilados de Nueva Jersey. Otra ventana alta, en la cocina, daba al este, a un edificio de la acera de enfrente,

idéntico a aquel en que me encontraba. Supuse que el piso de Naomi, en pleno Greenwich Village, debía de ser envidiable. Naomi dijo: «Déjate de bromas. Pago cuarenta pavos al mes». Después me presentó a Sylvia Bloch.

Estaba descalza en la cocina cepillando su larga y negra melena asiática mojada. Al parecer, acababa de salir de la ducha, una alta cabina metálica en la cocina, sobre una plataforma contigua a la pila. Una cortina de plástico impedía que el agua salpicara al suelo de la cocina. Me saludó, pero no me miró, demasiado ocupada como estaba moviendo la cabeza a derecha e izquierda y sacudiendo el enorme peso de su negra melena como una cortina brillante. El cepillo estuvo bajando y saliendo de su pelo hasta que ella dejó de repente de cepillárselo, entró en el cuarto de estar, se dejó caer sobre el sofá, se recostó en la pared de ladrillo y se abandonó totalmente. Después, sus ojos, tras un flequillo largo y negro, se movieron y me miró. La cuestión de qué hacer con mi vida en los cuatro años siguientes quedó resuelta.

Sylvia era esbelta y estaba bronceada. La melena le llegaba hasta casi el final de la espalda. El largo flequillo le ocultaba los ojos, con lo que parecía tímida o recatada y también de estatura menor que la media. Medía un poco menos de un metro setenta. Sus ojos, negros como su pelo, eran ágiles y brillantes. Tenía un cuello fino y largo, hombros anchos, caderas finas, muñecas y tobillos delicadamente modelados. Su figura y su suave y ovalada cara, con su ancha y sensual boca, me recordó a una estatua egipcia. Llevaba un ligero vestido indio de algodón con un complejo estampado de flores. Era del mismo tono carmelita que su piel.

Nos quedamos sentados en el cuarto de estar hasta que llegó el novio de Naomi. Era negro, alto y de tez clara. Aunque las parejas mixtas eran comunes, sobre todo con mujeres judías, me sorprendió. La conversación me resultó difícil, pues había decidido no mirar a Sylvia. El calor del verano y el desaliñado cuarto de estar, con su sucio suelo, no me permitían concentrarme ni me animaban a hablar. Soltábamos palabras, pero eran sosas y forzadas. Más que nada, sudábamos y nos mirábamos. Al cabo de un rato, Naomi propuso que fuéramos a dar un paseo. Me sentí aliviado y agradecido. Nos levantamos todos, abandonamos el piso, bajamos a la calle y caminamos en grupo poco compacto hacia el parque de Washington

Square. Naomi se me acercó y susurró: «No te engañes, ¿eh?, que no es guapa».

Aquel comentario me avergonzó. Se había notado lo que yo sentía. Me había hipnotizado el fulgurante efecto exótico de Sylvia. Naomi parecía vagamente molesta, como si yo la hubiera defraudado. Quería hablar, hacerme ver claro, pero no estábamos solos. Dije: «Ummm», incapacitado para decir algo más. Estaba literalmente vacío. Entonces Naomi dijo, como haciéndome una concesión: «Eso sí, es muy inteligente».

Teníamos que haber ido a cenar juntos y después a ver una película, pero Naomi y su novio desaparecieron y nos dejaron a Sylvia y a mí solos en el parque. Los dos permanecemos callados. Nos habíamos vuelto unos inútiles sociales, demasiado estupidizados por la emoción para resultar divertidos. Seguimos juntos, como aturdidos, y a la deriva en aquel calor onírico. Nos habíamos conocido hacía menos de una hora y, sin embargo, en la plenitud de aquel momento parecía que siempre hubiéramos estado juntos. Recorrimos varias manzanas, sin coqueterías, sin apenas mirarnos, pero manteniéndonos muy juntos. Al final, dimos la vuelta y nos dirigimos hacia la casa; sin motivo, sin palabras, regresamos despacio por las calles y entre el gentío y después por el tétrico pasillo verde y los seis tramos de escaleras y entramos en el sórdido piso, como una pareja condenada a una cita sacrificial. No hubo comienzo. Hicimos el amor hasta que la tarde dio paso al atardecer y este a la noche cerrada.

Por la alta ventana abierta del cuarto de estar, veíamos el cielo nocturno y oíamos a la gente que pasaba por MacDougal Street, como un carnaval lunático, gritando, rompiendo cristales, queriendo herir, necesitando maldad. Alguien tocaba la guitarra en un piso cercano. Alguien lloraba. Pasaban luces por las paredes y el techo. La ciudad se manifestaba en aquel cuarto de estar. Nada de aquello tenía que ver con nosotros, tumbados y desnudos en el sofá, de la anchura justa para que cupiéramos los dos, contra la pared de ladrillo. Liberados por la relación sexual para hacernos confidencias sencillas, hablamos. Sylvia me dijo que tenía diecinueve años y acababa de abandonar la Universidad de Michigan, donde había conocido

a Naomi. Unos años antes, el padre de Sylvia, que trabajaba para la compañía Fuller Brush, había muerto de un ataque al corazón. Los médicos le habían dicho que dejara de fumar y él lo intentó, cortando en dos sus cigarrillos y llevando las mitades tras las orejas hasta que no podía por menos de llevarse una de ellas a los labios y encenderla. Su madre era un ama de casa que había obtenido buenos resultados jugando a la Bolsa como diversión. Poco después de la muerte de su marido, enfermó de cáncer. Sylvia la visitaba todos los días en el hospital, al salir del instituto. Dijo que su madre se había vuelto exquisitamente sensible a medida que decaía, hasta que incluso el olor del cable del teléfono contiguo a su cama le daba náuseas. Tras la muerte de su madre, Sylvia vivió con unos tíos en Queens. Tenía pesadillas y oía voces burlonas, como si la muerte de sus padres la hubiera vuelto despreciable. Para salir de Nueva York, solicitó matricularse en la Universidad de Michigan y en la de Radcliffe. Su novio estudiaba en la de Harvard. Lo describió como muy amable y apuesto, un rubio esbelto y de facciones atractivas. Dijo que ella era más inteligente que su novio, pero en Radcliffe la rechazaron. No la necesitaban; podían llenar fácilmente todas las clases con judíos alemanes. Sylvia se tomó muy a pecho aquel rechazo. Así acabó la relación con su novio. Su novio actual trabajaba en un restaurante del barrio. Era un italiano alto, cordial y guapo; muy sensible y amoroso. Según dijo, tenía que pasar por el piso aquella noche, a la salida del trabajo, para recoger su bañador.

Sylvia estaba contándome cómo había conocido a Naomi y también lo mucho que la quería.

—Pero Naomi me quiere en teoría, no en la práctica —dijo—. Es muy crítica, siempre está quejándose porque no encuentra un zapato o las gafas o algo en el piso. A veces me amenaza con no volver a casa, si no hago la limpieza.

—¿De verdad?

Yo escuchaba sin oír.

Su novio iba a presentarse por la noche. Sylvia no había hablado de él antes de dejarme desnudarla. Me sentí decepcionado y quería marcharme,

puesto que tenía un novio. Tal vez lo habría hecho, en cualquier caso, pero de repente me sentí distanciado de Sylvia, como si en la oscuridad hubiera caído a un pozo, una oscuridad más densa. Quería marcharme y pensé en mi ropa tirada en el suelo junto a la cama. Podía alargar la mano, coger mi ropa interior y el pantalón, vestirme y marcharme. No me moví.

—¿Tiene llave?

—No.

—¿La puerta está cerrada con llave?

—Sí.

—Mira, tengo que marcharme. Te telefonearé mañana por la mañana.

—Quédate.

Se levantó. Sin dar la luz, que habría iluminado el vidrio de la puerta, se movió, rápida, por el piso, apartando libros, papeles y ropa de un lado para otro, y al final encontró, a tientas simplemente, el bañador de él: un trapo entre trapos. Lo colgó de su suspensorio en el pomo de la puerta del piso, por la parte de fuera, y después volvió a la cama.

Seguimos tumbados en la cálida oscuridad y esperándolo. Yo quería vestirme, pero no me moví. Al cabo de un rato, oímos unos pasos lentos y pesados por la escalera. Era un hombre. Parecía hacer un esfuerzo para subir, cansino, de escalón en escalón. Lo oímos caminar por el linóleo del pasillo. Por lo pesado de sus pasos, debía de saber que Sylvia le había sido infiel. Era alto y robusto. Podía partirme la cara. Sus pasos cesaron ante la puerta, a unos cuatro metros de donde nos encontrábamos tumbados. No llamó. Había visto el bañador, estaba contemplándolo y había entendido el mensaje que transmitía. Había trabajado todo el día, había subido seis tramos de escaleras y a cambio se había encontrado con aquel asqueroso espectáculo. Me imaginé que no era un estúpido, pero incluso un genio habría podido derribar la puerta a patadas y montar una escena. Dijo: «¿Sylvia?». Su tono de voz interrogativo no entrañaba un reproche, solo el cansancio y el sufrimiento padecidos durante el día. Seguimos tumbados y muy quietos, sin apenas respirar, cuerpos sin masa ni contorno, disolviéndose, volviéndose oscuridad. Por el tono de voz de él, por la única palabra que pronunció, «Sylvia», adiviné lo que estaba pensando, entendí su angustia. Ella ya lo había hecho sufrir otras veces. No quería cerciorarse de

que ella estaba en el piso. Se marcharía con sonoras pisadas por el pasillo. Bajaría corriendo por la escalera para no regresar nunca más. Volvió a oírse su voz.

—¿Sylvia?

Después lo hizo, se marchó con pisadas sonoras por el pasillo y la escalera. Su voz se me quedó grabada. Me dio pena y me sentí responsable de su decepción. Lo que más me asombró fue la eficiencia de Sylvia, la rapidez con la que había cambiado un hombre por otro. ¿Iría a sucederme eso también a mí? Claro que sí, pero entonces ella estaba tumbada junto a mí y la cruel incertidumbre del amor era tan solo una idea, un regusto malhumorado, un agradable pesar de la noche estival. Nos miramos de nuevo, renovados por el drama de la traición, y volvimos a hacer el amor.

Después, Sylvia se sentó desnuda en el alféizar de la ventana, perfilada sobre el fondo de la silueta occidental de la ciudad y las luces de Nueva Jersey. Se quedó mirándome fijamente y pareció hacer acopio de voluntad para adoptar una decisión o preguntarse cuál era la adoptada. ¿Qué acabábamos de hacer? ¿Qué significaba? Años después, furiosa, diría: «La primera vez que nos acostamos juntos. La primera vez...», desenterrando el recuerdo con amargura, reprochándose que la hubiera obligado a caer en excesos. Nada decía sobre su novio y solo recordaba la relación sexual, los excesos. Yo había pedido demasiado y ella había concedido demasiado. Años después, yo seguía debiéndole algo. No se podía precisar ni expresar plenamente: una deuda infinita de sentimiento.

Al amanecer, sin haber dormido ni un minuto, bajamos a la calle. Los residuos relucientes de la noche aparecían diseminados por el bordillo de la acera y desbordaban los cubos de las basuras, que empezaban a apestar con las primeras luces y el calor. Las aceras, abultadas y rotas, la corteza de una tierra inquieta y descontenta, rezumaban humedad y un resplandor vaporoso. No había tráfico ni transeúntes. Entre la penumbra y la luz, la ciudad yacía en un duermevela atónito y fétido. La habían usado desmesuradamente. Nos sentamos en un banco de un pequeño espacio con hierba de la Sexta Avenida y nos miramos a los ojos, con adoración y, sin embargo, con cierta reserva o tardía preocupación, para ver con quién habíamos estado acostados durante las diez últimas horas.

Sylvia dijo que el día siguiente se marchaba a seguir un curso de verano en Harvard. Al instante, pensé en su exnovio. Estaría allí. Sentí celos. No podía exigir fidelidad a Sylvia y tal vez no la deseara, pero sentí celos. Ella había dicho que le gustaba su aspecto, sus modales amables y aristocráticos de no judío. Como Sylvia era tan morena, el rubio le resultaba irresistible. No habían cortado. Él estaba en Cambridge y ella no... nada más. Muy pronto iban a poder verse. Se reavivarían los antiguos sentimientos. Yo iba a perderla. Entonces me preguntó si podría ir a Cambridge a vivir con ella. Mantenía la cara muy alta, muy tiesa y expectante, como si fuera a recibir un golpe.

Vuelvo a verla. Tal vez sepa ahora lo que estaba mirando.

Me sentí prendado por los efectos de luz en sus pómulos y la prometedora voluptuosidad de su labio inferior. Me gustaban sus asiáticas facciones, la suavidad, largura y angulación de sus huesos. Su negro pelo liso, que contrastaba con su mirada de sangre fría y oscura, parecía tener que ver con la pregunta sobre mi posible traslado a Cambridge. Tuve la sensación de que ella esperaba que me negara, esperaba sentirse herida, pero su porte era majestuoso. Me había contado la historia de su vida, había eliminado a un novio y me había pedido a mí que fuera a vivir con ella. No recuerdo haber dicho ni sí ni no.

Había mucho en que pensar, pero no estaba relacionado con cómo reflejaban la luz los pómulos de Sylvia, la voluptuosa consistencia de su labio inferior o la fría concentración de sus ojos, pero seguí mirándola a la cara. No pensé. También vi el bañador vuelto del revés y colgado de su suspensorio en el pomo de la puerta, como la carcasa de un pollo destripado.

Una semana después, tomé el tren para Boston. Sylvia abandonó su cuarto en la residencia de la universidad. Encontramos una habitación cercana a esta en una casa grande y con pasillos sombríos.

Tomé el tren. Encontramos una habitación...

La verdad es que yo no sabía exactamente lo que estaba haciendo ni por qué estaba en Cambridge. Sylvia quería que estuviera allí y yo no tenía

motivo práctico e inmediato alguno para estar en otro sitio: ni un empleo ni nada que hacer. Mi deseo de escribir relatos nada tenía que ver. No daba dinero. No era un trabajo. Cuando miraba la cara de Sylvia, me gustaba lo que veía, pero seguía sin saber por qué estaba en Cambridge. De pocas cosas estaba seguro. Durante la semana en que había estado fuera de Nueva York, la había echado de menos, pero mis sentimientos eran simplemente tan intensos como inciertos. Estando con ella en Cambridge, no sentía la necesidad de estar en otro lugar. Iba a ser un verano estupendo, florido, fragante. Yo tenía una novia y ninguna obligación. Bastaba con estar.

La habitación estaba en una casa llena de cosas pesadas e inexpresivas, cubiertas con sábanas blancas. Los postigos estaban echados y las puertas, cerradas, como para proteger de la luz y del aire. Vivía en ella un hombre de sesenta y tantos años, que se deslizaba entre masas y sombras. Al parecer, no usaba casi nada y mantenía las cosas imperturbables, ocultas, como si estuviera esperando a que regresara el verdadero dueño de la casa y apartase las sábanas, usara el mobiliario y viviera allí. Se me ocurrió la idea de que algún allegado suyo había muerto y la vida de aquel hombre se había parado también, o bien temía enormemente la muerte, por lo que creó aquella situación espeluznantemente limitada, usando cada vez menos cosas, no cambiando nada, moviéndose solo entre sombras. No era culpable de estar en este mundo. Como no existía, nunca moriría.

La habitación estaba en el segundo piso. Tenía papel pintado gris y floral, una cómoda de caoba, dos sillones espléndidamente tapizados — todas las superficies de madera barnizadas con un intenso marrón oscuro— y una cama gigantesca y muy alta. Cuando Sylvia se sentaba en el borde, sus pies no tocaban el suelo. Parecía una niña. Para retirar las mantas, había que agarrarlas y levantarlas con fuerza. Las sábanas estaban bien remetidas, por lo que formaban una superficie llana, perfecta para un cadáver. El colchón, de un espesor inhabitual, como un grueso corazón exuberante, estaba sellado y bien sujeto por las mantas y las sábanas. Era, fundamentalmente, una cama estupenda, pero resistente a las presiones de una forma humana viva; era una cama ejemplar, con sólidos principios y

que detestaba la comodidad. Durante gran parte de la noche, la usamos, tan elevada sobre el suelo, para hacer el amor.

Cuando bajamos por la mañana, el hombre estaba sentado en una silla de respaldo muy recto en el salón. Era calvo, demacrado y flaco como una tabla. Su larga cara plana miraba fijamente el suelo entre sus rodillas, como si se tratara de una charca de problemas.

—Ustedes dos van a tener que marcharse —dijo. La orden procedía de un extraño infierno personal de decoro y estreñimiento propio de Nueva Inglaterra. Tal vez nos hubiera oído en plena noche. Se imaginó que Sylvia y yo estábamos tocándonos, perpetrando horrores para nuestros cuerpos, pese a que procurábamos no hacer ruido y follábamos con sutileza tántrica, moderando el placer muy despacio, por respeto a su dominio ético. Él había empezado a imaginarse cosas hasta crearse aquella convulsión moral. No le preguntamos por qué debíamos marcharnos. Era claro e indiscutible. Teníamos que hacerlo... marcharnos. Volvimos a subir a nuestra habitación, hicimos el equipaje sin protestar y no tardamos en encontrarnos cargados con él y a la deriva por las concurridas, ardientes y luminosas calles de los alrededores de Harvard Square.

Sylvia no quiso volver a la residencia de la universidad, pese a que, si seguíamos juntos, no teníamos adónde ir. Yo no podía ponerme a razonar con ella, no podía discutir. Según lo veía ella, no tenía una habitación en la residencia ni en otro sitio, excepto la calle, allí, conmigo. El espléndido verano empeoraba la situación. Las puertas y los escaparates de las tiendas destellaban con amenazas. Todo el mundo caminaba con enérgica determinación. Estaban en Cambridge, que era su sitio. A nosotros nos habían puesto de patitas en la calle. Para que algo así suceda, se debe haber hecho algo muy grave. Estábamos avergonzados y confusos, el intenso sol nos hacía entornar los ojos y cargábamos con bolsas, el peso de un amor desventurado. Yo me esperaba tener que pasar la noche en un hotel cutre o en un parque, pero después, tras llamar a unos amigos, nos enteramos de que había una casa, en un barrio obrero y a una gran distancia de la universidad, en la que vivían tres estudiantes. Tal vez nos alquilaran una habitación. No telefoneamos. Fuimos hasta allí y simplemente nos presentamos con nuestras bolsas.

Era una casa fea, destartalada y humilde, pero feliz. Uno de aquellos hombres se puso a hablar a Sylvia, en cuanto la vio, con lenguaje infantil. Ella dijo: «Hola», y él contestó «Hoa», con una sonrisa boba. A ella le pareció divertidísimo y le encantó que la trataran como a una niña en una casa llena de hombres. Todos la trataron del mismo modo, cariñosamente burlón. Ella lo inspiraba: tímida, oculta tras un largo flequillo, oscuramente sensual. Había un cuarto vacío en la casa. Nadie dijo que no pudiéramos ocuparlo.

Por las mañanas, Sylvia iba a clase y yo intenté empezar a escribir relatos. Nuestra habitación, contigua a la cocina, era ruidosa, con el abrir y cerrar de la nevera y el agua corriente. A veces los otros se paraban a hablar delante de la puerta. A mí no me importaba. Tras la noche pasada en el mausoleo, me gustaban los ruidos. El suave ruido de succión y el sordo cierre de la nevera me gustaban y el sonido de la charla también.

Sylvia pasaba todo el día fuera, en clase o estudiando en una biblioteca de la universidad. Por la noche había algunos momentos irascibles, suspiros profundos, susurros irritados, pero es que la habitación era estrecha y calurosa y estaba mal ventilada. Había mosquitos: nada que tomarse a pecho. A lo largo del lento y encantador verano, fuimos felices. Sylvia tenía una clase de historia del arte. Íbamos a museos y preparábamos juntos sus trabajos. Yo no escribí ningún relato que no me moviese a romper el papel y tirarlo a la papelería. Lo que escribía carecía de valor, pero me gustaba estar con Sylvia y aquella vida en Cambridge.

Una tarde, estando yo sentado en la escalera de la fachada y esperando a que Sylvia volviese de clase, la divisé en el extremo de la calle caminando despacio. Cuando vio que yo la observaba, anduvo aún más despacio. Su sandalia derecha sonaba como una chancla, porque se le había aflojado la suela. Por fin llegó hasta mí y me mostró un clavo que la había traspasado. Había caminado hasta casa con la suela batiendo y el pie derecho chapoteando en sangre. ¿Qué otra cosa podía hacer? Esbozó una sonrisa dolorida, pero con buen humor.

Yo le dije que podía haber llevado la sandalia a arreglar, haber caminado descalza o haber vuelto en taxi. Había cierta irritación en mi voz. Pareció ofendida. Su sonrisa bienhumorada se convirtió en una mueca

perturbada, herida. Yo no podía eliminar la irritación de mi voz ni deshacer su efecto. Durante varios días después, Sylvia anduvo por Cambridge apretando el pulpejo del pie contra el clavo y sangrando. Se negaba a ponerse otros zapatos. Yo le supliqué, discutí con ella. Al final, me dejó llevar la sandalia a reparar. Me sentí agradecido; ella, no. No me había perdonado.

—Márchate, no te quiero. Te odio. No es que te odie, sino que te desprecio. Si me quieres, márchate. Creo que podemos ser muy buenos amigos y lamento que nunca fuéramos solo amigos.

—¿Necesitas algo?

—Una pastilla para la regla. Están en mi bolso.

He ido a buscar el frasquito y le he llevado una pastilla.

—Ahora márchate.

Me he tumbado a su lado y hemos dormido vestidos.

(Diario, diciembre de 1960)

Al final del verano, volvimos a Nueva York. Naomi se mudó del piso de MacDougal Street y Sylvia y yo nos instalamos en él. A aquella altura, peleándonos todos los días, habíamos llegado a ser ferozmente íntimos. Como un niño con una rabieta, ella se quedaba atrapada en el sonido de sus propios gritos. Gritaba porque estaba gritando, gritando, gritando, como construyendo una pequeña cámara de rabia, con ella en el centro. Era solo suya. Era la jefa y yo no podía entrar en ella. Sus ojos y sus dientes eran intensamente negros y blancos, todo exagerado y retorcido, como la vorágine interior. Nada erótico había en aquel panorama y, sin embargo, a veces pasábamos de reñir a hacer el amor. No hacía falta pasaporte. Ni siquiera había un confín. El tiempo estaba fracturado, no había causa y efecto y ni siquiera una cosa llevaba a otra. Como en una metáfora, una cosa era otra. Mientras reñíamos con odio, yo quería follar y ella también.

Con frecuencia las peleas comenzaban sin avisar. Yo había dicho algo corriente y neutral, pero Sylvia se ponía rígida de pronto y me miraba fijamente. Tiraba de un golpe el teléfono de la repisa. Yo dejaba de hablar, sobresaltado, y centraba toda la atención en ella. Ella tiraba al suelo de un golpe la taza y el platillo que estaban junto al teléfono. Quedaban hechos añicos. Ya estaba ella chillando, acusándome, y yo respondiéndole con gritos. Se dirigía a la radio, para tirarla contra la pared, y yo corría hacia ella para intentar detenerla. Ella se retorció y conseguía librarse y se lanzaba sobre mí. Esa vez el impulso era erótico o, en cualquier caso, sexual. Después, solía quedarse dormida. Ninguno de los dos volvíamos a referirnos a lo ocurrido. De gritar a follar, de lo irreal a lo real: esa era la sensación que daba. Las relaciones sexuales, corrientes o violentas, eran frecuentes, agotadoras más que satisfactorias. Sylvia dijo que nunca había tenido un orgasmo, como si yo fuera quien se interpusiese entre ella y ese objetivo supremo. «No quiero pasar toda mi vida sin tener un orgasmo». Decía que había tenido varios amantes mejores que yo. Quería hablar de ellos, me parece, hacerme sufrir con los detalles.

Empecé a intentar escribir de nuevo. Sylvia empezó a ir a clases en la Universidad de Nueva York, a unas manzanas del parque de Washington Square, para acabar la carrera. Me preguntó qué especialidad debía elegir. Yo le dije que, si hubiera de volver a estudiar, optaría por la de Clásicas. No debería haber dicho nada. Se matriculó en latín y griego, historia antigua y un curso de literatura inglesa del siglo XVIII. Tenía que aprender las complejas gramáticas de dos lenguas, leer poemas largos y novelas voluminosas y escribir trabajos, viviendo en un ambiente sórdido y peleándose conmigo todos los días. A mí me parecía un programa demencial. Me esperaba que el resultado fuera un desastre, pero ella tenía un talento excepcional y salió adelante bastante bien. En el piso no había ningún escritorio, pero Sylvia no necesitaba semejantes comodidades, ni siquiera parecía notar su carencia. No creo que expresara jamás queja alguna relativa a aquel deprimente piso, ni siquiera por las cucarachas, solo sobre mí. Estudiaba sentada en el borde de la cama, cubierta con una

maraña de papeles. La cara se le volvía inexpresiva y el cuerpo, flácido. Permanecía totalmente inmóvil, exceptuados los ojos. No se rascaba, no se estiraba. Se entregaba a su tarea hasta acabarla. A veces yo pasaba horas sentado con ella, leyendo una novela o una revista. Comíamos juntos en la cama, por lo general pasta, verduras congeladas y zumo de naranja o, si no, íbamos a comer a una pizzería o a un restaurante chino. Ninguno de los dos sabía cocinar. Mi madre nos regalaba comida con frecuencia, que yo llevaba a MacDougal Street después de nuestras visitas a mis padres, dos o tres veces al mes. Una noche, tras haber cenado en casa de mis padres, mi madre se llevó al dormitorio el abrigo de Sylvia y cosió un desgarrón en una manga. Cuando estábamos a punto de marcharnos, sorprendió a Sylvia al enseñarle el abrigo cosido. Sylvia pareció agradecida y afectuosa. Sin embargo, en la calle se puso histérica de indignación, decía que se había sentido humillada. Yo intenté hacerle entender que mi madre había estado cariñosa, al hacer algo por ella. Su intención había sido amable, no la de hacer un comentario sobre el abrigo de Sylvia. No le dije que causaba una impresión deplorable, de desamparo, con el desgarrón del abrigo, sino que mi madre deseaba agradarle. Al decir cosas así, me sentía avergonzado. Después me irrité. ¿Qué importaban los motivos? Sylvia quería verse compadecida; mi madre quería agradar. ¿Qué más daba? Lo importante era que el gesto de mi madre había sido cariñoso. Al defenderla frente a Sylvia, se planteó la cuestión de la fidelidad. Tal vez de eso se tratara, pero, en mi opinión, mi madre no necesitaba que la defendiesen. Hacerlo era un error por mi parte. Guardé silencio. Sylvia podía interpretarlo como quisiera. Yo no podía enseñarla a sentir y me negué a hundirme en un emponzoñado y aburrido cenagal de motivaciones.

En adelante, visitaba a mis padres yo solo.

A veces, como si mi visita se debiese a una amarga determinación y no al simple deseo de estar con ellos, mi actitud en la mesa era la de un verdadero cerdo. ¿Queréis alimentarme? Muy bien, por eso estoy aquí, para comer. Yo mismo me veía irracional, malhumorado, despreciativo y confuso y descontento con toda mi vida. Mi madre había hecho demasiado por mí, empezando por mi niñez, en la que nunca pasaba dos semanas sin padecer una infección de oído o una bronquitis. Me llevaba en brazos por

las calles a la consulta del médico, porque yo no podía caminar, siempre demasiado enfermo, demasiado débil. Ella pasaba la noche sentada junto a mi cama por miedo a que la muerte me secuestrara. Resulta difícil perdonar la abnegación. En cuanto a la susceptibilidad de Sylvia ante insultos imaginarios, se trataba de algo patológico, no era natural. La cocina de mi madre sí que lo era.

«¿Para qué hacen falta restaurantes?», decía mi padre, mientras sorbía la sopa. «En ninguna parte se puede encontrar comida mejor que esta».

Mi madre había cosido el desgarrón en la manga del abrigo de Sylvia sin haber pedido permiso para hacerlo. No era para tanto. No volvería a hacerlo más. Le dije que había sido un error. Sabía que iba a ofenderla y que se sentiría herida, pero debía —y quería— decírselo. No lo entendió ni remotamente. Intenté explicarle que una persona podía sentirse molesta, si te fijabas en un desgarrón de su ropa. Era mejor no hacerlo. Era un asunto personal ajeno. Cuanto más hablaba, más exasperado me sentía. Levanté la voz, como si estuviese criticándola por hacer algo que a ella le parecía agradable. ¿Qué pensaba yo? También pensaba que era agradable. Estaba criticándola por hacer lo que me parecía agradable.

Con solo un metro y medio de estatura, mi madre siempre estaba cocinando, limpiando, yendo a comprar, cosiendo. Criticar a «la Mamá» — como decía mi padre — era, aun por motivos correctos, incorrecto, a juicio de Dios. Era casi perverso. En segundo plano, fumando su puro y mirando, pensativo, la televisión, me juzgaba con severidad y en silencio. (¿Cómo puedes hablar así a la Mamá? ¿Qué te pasa? ¿Es que no sabes comportarte?).

Yo tomaba la línea F del metro hasta la calle Cuatro Oeste, me apresuraba a abrimme paso por entre el estridente carnaval de MacDougal Street, al que por la noche acudían turistas de toda la ciudad para sentarse en cafés como Bizarre, Wha?, Take Three, Cock and Bull y Figaro, donde podían oír a alguien rasguear una guitarra y cantar con voz nasal una canción *country*. Entraba en nuestro edificio y, sin sofocarme, pese a que fumaba mucho, subía corriendo los seis tramos de escaleras. Mi Sylvia,

tumbada en la tenebrosa tierra de las cucarachas, con las gramáticas latina y griega sumidas en pleno caos y la radio sonando bajito, esperaba, furiosa.

—He traído pollo frito, encurtidos, *latkes* de patatas y pan de almendras. Enciende la luz. Siéntate. Además, mi madre te ha hecho un jersey de punto.

Siempre llevaba comida a MacDougal Street. Sylvia se la comía.

En cierta ocasión, estando yo en el piso de mis padres, Sylvia llamó para decirme que se había cortado las venas. No había querido que yo fuera a visitar a mis padres unas horas y se había negado a venir conmigo. Cogí el auricular y dije: «Hola, ¿Sylvia?».

Una vocecita dijo: «Acabo de cortarme las venas». Salí del piso de mis padres, no sin que antes mi madre me hubiera llenado una bolsa con una docena de *bagels*, dos tarros con pescado *gefilte* y una ensalada de cebollas y rábanos.

Yo no quería llegar corriendo a MacDougal Street, intimidado por las amenazas de autodestrucción de Sylvia o su anuncio del *fait accompli*. No me creía que se hubiera cortado las venas, pero no podía estar seguro. (Tenía una cicatriz pequeña y fina, casi imperceptible, en una muñeca y afirmaba que en cierta ocasión había intentado matarse). Con mi frustración —al negarme a dejarme intimidar y, sin embargo, sentirme aterrado— me irrité con mi madre por hacerme esperar, mientras preparaba un paquete con la comida. Ella sospechaba que la situación en MacDougal Street era mala, pero, si me hubiera marchado sin la comida, habría comprendido que era muy mala. Yo me sentía avergonzado y no quería que supiese cómo vivíamos Sylvia y yo, pero tampoco quería que Sylvia muriera desangrada. Esperé a tener la comida, después corrí hasta el metro y luego desde este hasta MacDougal Street, abriéndome paso por entre las multitudes y escaleras arriba hasta nuestro piso e irrumpí, acalorado y airado, con la bolsa de comida y grité: «Me trae sin cuidado que te cortes el cuello».

Se había cortado las venas muy superficialmente. Como ya lo había hecho otra vez, sabía hacerlo. Apenas había sangrado. No iban a quedarle cicatrices. Empezó a picar de la comida. Le gustaba el pescado *gefilte*. Me

gustó verla comer. Si Sylvia comía el pescado *gefilte* hecho en casa, algo delicioso, nada por lo que discutir, había esperanza. Se lo comió como haciéndome un favor que yo no mereciera.

Sylvia nunca leía un periódico. Yo le contaba lo que iba sucediendo, pero la traía totalmente sin cuidado. Aun así, yo se lo contaba. Ella me escuchaba con suspicacia, como si yo tuviera un motivo inconfesable para obligarla a oír lo que leía en el periódico. Se trataba más que nada de cháchara inocente, pero yo tenía —lo reconozco— la vaga idea de que la salud mental está más o menos relacionada con la atención prestada a lo que ocurre fuera de nuestra cabeza. No podía ser perjudicial para ella enterarse de asuntos políticos, descubrimientos científicos, deportes, arte, moda, sucesos, desastres diversos, etcétera. Es probable que las peores noticias —si te enteras de ellas por los periódicos— no te hayan sucedido a ti y con frecuencia proporcionan un contacto normal y tranquilizador con la vida diaria. La vida sigue. Terremotos, incendios, accidentes aéreos, asesinatos —o cualquier otra cosa por el estilo— son noticias, forman parte del correr de los días, las semanas, los siglos. Conté a Sylvia que, según unos científicos rusos, el núcleo de la Tierra está hecho de hierro puro y la temperatura, a casi dos mil kilómetros por debajo de nosotros, asciende a unos doce mil grados centígrados, mucho más caliente de lo que se suponía. Le dije que Nina Simone actuaba en The Village Gate y Thelonius Monk en The Jazz Gallery. Le conté que un boxeador de peso pesado ligero y de dieciocho años de edad, Cassius Clay, había ganado una medalla de oro en las Olimpiadas de Roma y Rafer Johnson, la medalla en el decatlón.

Le leí la noticia de que un magistrado de Nueva York, uno de los primeros feministas, había ordenado que se incluyeran los nombres de dos hombres en una causa por prostitución. Había dicho: «Aquí figuran los nombres de las mujeres. Incluyan también los de los hombres». Así, pues, se substituyeron los seudónimos Whitey Doe y Larry Doe por Whitford May y L. Sleeper. Precisamente el mismo día se supo que la Sociedad Internacional por el Bienestar de los Inválidos había cambiado su nombre por el de Sociedad Internacional por la Rehabilitación de los Impedidos.

Conté a Sylvia que en Vietnam estaban muriendo americanos. En 1961, cada dos semanas raptaban a uno de nuestros asesores o mataban a un contratista americano. Estábamos construyendo pistas de aterrizaje y concediendo otras formas de ayuda humanitaria al Vietnam del Sur. El Viet Cong obstaculizaba nuestras medidas. Sylvia me escuchaba y a veces respondía. Le conté que, según un físico británico, la idea de Einstein de que la materia era una forma de energía, $E = mc^2$, era demasiado simplista. Una nueva tecnología de aceleración de partículas había revelado que la materia se componía de dos categorías principales, leptones y bariones, es decir, ligeros y pesados. Sylvia dijo: «¿Y dice que Einstein es demasiado simplista?».

Le conté que, bajo el hielo de la Antártida, árboles enormes se habían convertido en carbón, demostración de que la teoría de la deriva de los continentes era cierta; que Norell, un diseñador de moda estadounidense, había presentado *culottes* —pantalones que parecían una falda— para usarlos por la calle, y unos orientalistas de los Estados Unidos habían viajado a Egipto para salvar el templo de Ramsés II de las aguas de la presa de Asuán, construida por ingenieros rusos.

Yo quería ir a ver a Marcel Marceau y su compañía de mimo en el City Center y *Krapp's Last Tape* en el Provincetown Playhouse, situado en nuestra calle: 133 MacDougal Street. Sylvia disfrutó con las dos actuaciones. Tuve que proponérselo y comprar las entradas y, cuando llegó el momento de salir para el teatro, decirle: «Vamos, vamos, date prisa, que llegaremos tarde».

No le gustaba quedar por adelantado para salir de casa a una hora concreta. A saber cómo te sentirías cuando llegara la hora. Además, podía ser más agradable leer las críticas que ir a ver una película o una obra de teatro.

Conté a Sylvia que una banda de jóvenes había atacado al Dr. Menges, profesor de lenguas del Asia central en la Universidad de Columbia, mientras daba su paseo vespertino por Morningside Drive, y lo había tirado al suelo golpeándolo con un pesado tablón. El doctor se levantó y se defendió agitando su bastón y los hizo huir. Se lo explicó a un reportero, que lo citó por extenso. «He viajado solo por el interior del Cáucaso... entre

tribus primitivas. He estado entre bandidos, pero en una ciudad supuestamente civilizada», dijo, «cerca de una gran universidad, me han atacado unas fuerzas selváticas». Estaba claro que se refería a «negros». A comienzos del decenio de 1960, esa palabra aparecía cada vez con más frecuencia en los periódicos.

Sylvia me ha despertado, cariñosa. Ha visto mis cigarrillos junto a la cama y ha dicho: «No deberías fumar tanto. Hazlo por mí». Yo he dicho: «Fumo porque nos peleamos». Se ha puesto a morderme el brazo y yo he gritado. Se ha levantado de la cama de un salto y ha anunciado: «Este es el comienzo y el final de un día». Al final, después de mucho rato, me he levantado de la cama, he encendido el fuego para el café y he tomado pan, miel y una naranja. Sylvia ha vuelto a la cama y ha dicho: «¡Cómo te cuidas!». He comido una rebanada de pan y he vuelto a dejar todo lo demás en su sitio. Después me he sentado en la cama junto a ella. Estaba a punto de hacer las paces, pero ella se ha sentado, me ha dado una bofetada y ha dicho: «Fúmate un cigarrillo». Después, estando aún en la cama y yo sentado junto a ella, Sylvia ha sacado a relucir la fiesta de Nochevieja en Brooklyn, a la que habíamos ido. Ha dicho que, cuando Willy Stark la besó, ella había apartado la cara en el último momento para que lo hiciera en la mejilla, no en los labios. Ha dicho que debería haber estado morreándose con él para que yo lo hubiera visto y me hubiese amargado la noche. Yo le he dicho: «Me habría marchado y no habría vuelto a verte». Ha contestado: «Eso es imposible. Tú me quieres. Además, tu madre te habría obligado a volver conmigo».

(Diario, enero de 1961)

Casi todos nuestros amigos eran judíos, negros, homosexuales, más o menos adictos a las drogas, muy inteligentes, muy nerviosos o una combinación de dos o tres de esas cosas. Willy Stark era de Misisipi, muy negro y muy apuesto. Nos habíamos conocido en la Universidad de

Michigan. Cuando se trasladó a Nueva York, íbamos a clubes y pasábamos horas sentados oyendo la música, sin apenas hablar. Él nunca decía gran cosa. Escuchamos a Charlie Mingus en el Five Spot y a Miles Davis en Basin Street. Era una noche lluviosa de entre semana y había poco público. Después de uno de los solos de Davis, interpretado de espaldas al público, Willy susurró: «Es un poeta». Aunque yo no podía saber en qué estaba pensando Willy, me emocionó su comentario. La universidad no le había disminuido la sensibilidad ni la había vuelto literaria. Como se había criado en una granja, estaba familiarizado con las armas, un clima atroz, las serpientes, el *jazz* y muchas otras cosas reales. Comparado con Willy, yo me consideraba afectado. Él apenas hablaba y yo hablaba demasiado y con demasiada facilidad. Estando con él, me hacía pensar en si yo creía las cosas que decía, por no hablar de si pensaba antes de decirlas, si no me dejaba llevar por la necesidad de hablar por hablar. Sylvia nunca se oponía a que frecuentara a Willy, una de las pocas personas que no la irritaban.

Willy nos invitó a una fiesta de Nochevieja en Brooklyn. A medianoche, como todo el mundo se besaba, Willy besó a Sylvia. Después, en MacDougal Street, cuando estábamos a punto de quedarnos dormidos, Sylvia me dijo que él había deseado más que un beso. «Dijo que a ti no te importaría, que tú eres un moderno». Recordó el beso de Willy durante los siguientes meses y lo citó varias veces, cual si algo así como un virus de desarrollo lento se hubiera instalado en su sistema nervioso. También ella había querido más, al menos en sus fantasías, ya que no en el momento en que él lo hizo. Dijo que había apartado la cara. Eso no bastaba.

Willy trabajaba dos o tres días a la semana de asistente social en un programa de desintoxicación de drogas para estudiantes de bachillerato. Los fines de semana, se ganaba un dinero extra vendiendo heroína y compartía los beneficios con un grupo radical de Ann Arbor. Willy no tenía ideas políticas, solo estaba tremendamente irritado. Caía bien a los radicales. En su silencio oían lo que querían oír. Lo presentaron a un traficante de heroína de Montreal y le dieron el dinero para que hiciese su primera compra. La heroína llegaba en barcos de carga desde refinerías de Bulgaria. Willy se trasladaba en coche a Montreal, recogía la heroína y volvía a Nueva York. Tenía alquilados tres o cuatro pisos en Manhattan y quedaba con sus

distribuidores en uno de ellos. Hasta el último minuto no les decía cuál. Cuando entraban, sonaba el teléfono. Era Willy. Decía que tenían diez minutos para llegar a otro de sus pisos. Cuando llegaban, volvía a sonar el teléfono o, si no, Willy estaba esperando con la heroína, un revólver y un guardaespaldas. Si los distribuidores se retrasaban dos minutos, Willy se marchaba. Consideraba fundamental la puntualidad. «Si alguien se retrasa, es hombre muerto», decía.

Cuando concluía una venta, tomaba un avión para el Caribe, cogía una habitación en un hotel y permanecía borracho hasta que se le pasaba el miedo. Varias veces alquiló un coche y se estrelló contra un árbol o una pared. A saber por qué, lo ayudaba a librarse del miedo. Me lo contó todo después del incidente del beso, como para ofrecerme algo personal y mantener nuestra amistad. También me ofreció la posibilidad de vender drogas. Me emocionó mucho e incluso pensé en la posibilidad de hacerlo. Dijo que lo único que debía hacer era vestirme con un traje y quedarme en una esquina con un maletín. Le dije que no y no volvimos a vernos. Años después, me enteré de que había muerto de cáncer de páncreas.

Gracias a Willy, el desintoxicador-trafficante, comprendí lo que significaba ser moderno. Era mi amigo, pero, si Sylvia le hubiera dejado, se la habría follado en la fiesta de Nochevieja, estando yo en la habitación contigua. Pasamos horas sentados en clubs de *jazz* sin apenas decir palabra. Yo tenía la sensación de entrar en trance con la música, entender el sentido del momento presente. ¡Qué triste, apasionante o extraño era vivir en los sesenta! Lo notaba en las voces del *jazz* dentro de los oscuros clubs cargados de humo. Una noche, en el bar del Birdland, Willy y yo estuvimos oyendo a Sarah Vaughan. Estaba cantando: «*Every little breeze seems to whisper Louise...*». El sonido sibilante de la rima «*wheeze/Louise*» se esfumaba. Dejaba de existir y solo ofrecía el misterio exquisito, un amor dulce y melancólico tan propio de la música de aquellos años.

Por culpa de nuestras peleas, muchos días Sylvia no empezaba a estudiar hasta después de medianoche. Sentada en el borde de la cama y con los restos de la cena dispersos a su alrededor, pasaba páginas de un libro de

gramática que sostenía en las rodillas y a veces se quedaba contemplando las palabras como si la distrajesen de su verdadera preocupación: yo. Decía que era «culpa mía», que yo iniciaba las peleas para intentar arruinar sus posibilidades, hacerla fracasar. En realidad, yo me sentía orgulloso de ella, pero es verdad que en parte era responsable de su sufrimiento. Lamenté haber influido en su decisión de estudiar Clásicas. Ella no estaba demasiado interesada en el latín y el griego, pero se esforzaba porque temía el fracaso académico y, pese a nuestra mala relación, tal vez quisiera complacerme. Noche tras noche, se sumergía en Homero y Virgilio, un frenesí de aplicación maquinal que tal vez le recordara su época de colegial.

De niña, la habían admitido en la escuela de enseñanza primaria Hunter para alumnos superdotados. Todas las mañanas, antes de salir para la escuela, iba al cuarto de baño y vomitaba. En la escuela Hunter nadie sabía que vivía en Queens, y no en Manhattan, donde debían vivir los estudiantes, y tenía un miedo constante a que la descubrieran y la avergonzasen en público. Al final de la jornada, volvía en el metro a Queens y a veces se quedaba dormida y se pasaba de estación. Se despertaba y tomaba otro metro de regreso. Cuando llegaba a su casa, se encontraba a su madre tendida en el suelo y con los ojos cerrados, como si estuviese muerta. Era una broma —había muerto esperando a Sylvia—, pero le aterraba.

A mí me parecía que, al estudiar, Sylvia avanzaba demasiado deprisa, pasaba páginas que no podía haber asimilado y después dejaba el libro a un lado y cogía otro. Si había tensión entre nosotros —porque yo hubiera hecho otra observación hiriente o quisiese ir a visitar a mis padres o hubiera mirado a una chica que pasaba por la calle—, Sylvia repetía para sí, mientras estudiaba: «Lo haces para que yo acabe fracasando». ¿Hacer qué? A veces, sabía en qué estaba pensando ella; otras veces, no. Nunca le preguntaba. Ella decía, casi como una salmodia: «Lo haces para que yo acabe fracasando», mientras pasaba las páginas.

Por la mañana temprano, lo repetía, antes de salir corriendo sin haberse quitado la ropa del día anterior, con la que había dormido tal vez solo una hora. Con su larga melena negra saltando y ondeando, la blusa arrugada y a medio abrochar y la falda torcida en las caderas, corría por las calles del

Village hasta la Universidad de Nueva York, como una loca que imitara a una estudiante universitaria.

Estábamos sentados en la cama después de almorzar. Yo estaba mirando una revista. Sylvia estaba empezando a estudiar. Yo he comentado la belleza de una de las modelos de un anuncio. Sylvia ha echado un vistazo a la foto y después ha dicho:

—Tu ideal de belleza es unos ojos azules y rasgados. —Bueno, ¿y qué?

Sylvia se ha echado hacia atrás en la cama, se ha apretado la almohada contra los oídos y se ha puesto a sollozar y patalear. Después ha parado, se ha sentado y ha dicho:

—Yo nunca he entrado en detalles sobre mis experiencias sexuales.

Yo guardaba silencio y esperaba. Ha vuelto a echarse para atrás, ha puesto muecas maliciosas y cargadas de odio, se ha retorcido como una epiléptica y después se ha sentado y me ha dado una bofetada y ha dicho:

—No entiendo por qué no me adoras.

(Diario, enero de 1961)

En plena histeria, su voz podía volverse de repente fría y elegante y hacer una observación ingeniosa, como si estuviera distanciada de sí misma y viese con claridad todos los aspectos de la situación: su odiosa manifestación y mi sobresaltada apreciación de su ingenio. Me parecía una buena señal y me hacía pensar que no estaba en verdad mal de la cabeza. Ella pensaba lo mismo. «Yo sé cómo actúo», decía siempre que yo intentaba hablarle de que consultara a un psiquiatra. Por eso no podía consultar a un psiquiatra. Se conocía a sí misma; no podía hablar de sus excesos: demasiado vergonzoso, demasiado bochornoso.

Admirar la belleza de la modelo, una imagen en una revista, significaba que Sylvia no me gustaba físicamente y que no la quería. En la charla intrascendente, oía revelaciones inintencionadas de mis verdaderos

sentimientos. Se indignaba. Me encantaba la modelo. Yo lo había dicho y me había condenado.

Sylvia descubrió una incapacitante enfermedad sentimental en mí. Juntos la alimentábamos. Yo no me consideraba una persona bastante buena, mientras que ella era un mecanismo excepcionalmente precioso cuyos engranajes habían resultado brutalmente alterados por el dolor. Este le daba acceso a la verdad. Si Sylvia decía que yo era mala persona, tenía razón. Yo no entendía por qué, pero se debía precisamente a que era malo, la maldad me cegaba.

Ella había de tener razón. Yo llevaba varios meses viviendo con ella. Protegía mi inversión, por decirlo así, al suponer que su histeria y sus acusaciones no eran repulsivas y despreciables, sino propias de una moral muy elevada, como el paroxismo de un profeta del Antiguo Testamento. Eran iluminaciones exaltadas, momentos de gracia perversa, no manifestaciones de locura.

También pensaba yo, con una actitud defensiva normal, que nadie me había hablado nunca como Sylvia. Eso quería decir que tal vez no fuera yo mala persona. Nadie me había acusado jamás de tener ideas y sentimientos impropios de mí, pero, aun cuando hubiera tenido malos pensamientos y una vida mental malintencionada, ¿qué importaba? ¿Acaso no me comportaba bien? Era muy afectuoso y siempre tierno. Acabé pensando que las ideas y sentimientos que Sylvia aborrecía en mí eran suyos más que míos.

Habría sido fácil dejar a Sylvia. Si hubiera sido difícil, podría haberlo hecho.

Según los pensadores religiosos, la repetición es una muestra de seriedad. Trabajar, comer, dormir son repeticiones. Todo en el Universo se repite: el ascenso del Sol, las fases de la Luna, las revoluciones de los planetas y las estrellas. Todo es ritual. Dejar de repetir es morir... no al revés. Un aspecto de nuestra vida diaria, tan serio como nuestras peleas y sexualidad compulsiva, era que subiésemos y bajáramos seis tramos de escaleras para salir y entrar de casa. Nuestros pasos sonaban en el resonante hueco de la

escalera, día y noche. Para ir a las clases de la Universidad de Nueva York, Sylvia la subía dos veces y cinco días a la semana. Yo la oía marcharse y volver. Para ir a la tienda, al cine, a bares cercanos o a mirar el correo, bajábamos y subíamos seis pisos. Para ir a comprar una cajetilla de cigarrillos había que dar el mismo número de pasos que cuando yo iba a visitar a mi padre en el hospital, en la unidad de cuidados intensivos, después de su segundo ataque al corazón. Los médicos dijeron que mi padre tenía también cáncer de próstata, pero no querían operarlo en verano. «Hace demasiado calor». Se lo conté a Sylvia y ella se apresuró a decir: «Y en invierno hará demasiado frío». Me sorprendió lo mucho que me hirió aquel comentario, pero, desde luego, tenía razón. Yo no había entendido —o no había querido entender— a los médicos. No pensaban que mi padre sobreviviría a una operación. Carecía de sentido operarlo. No iba a vivir lo suficiente para morir de cáncer. Eso era lo que yo no había entendido. La escalera era la columna vertebral del edificio y los peldaños, sus vértebras. Yo subía por un cuerpo, que expelía olores y ruidos. Oía la comida que estaba cocinando, el incienso que ardía y los gases del hachís y del veneno para las cucarachas. Oía radios y tocadiscos, a la anciana señora italiana que gritaba todo el día «Bassano» y los pasos del chico que corría por el pasillo. Bassano nunca contestaba a la anciana, probablemente su abuela, y nunca, ni una sola vez, lo vi. Cuando me la encontraba en el pasillo o por la escalera, siempre me saludaba con la cabeza y, fuera cual fuese el tiempo, decía: «Un día precioso».

En los rellanos, el pasillo se abría, a la derecha y a la izquierda, hacia los pisos. Había en ellos cuatro retretes contiguos, con las puertas cerradas, y lucía una bombilla. Los retretes tenían unos tres metros de altura, un metro y medio de anchura y dos metros de profundidad. Por encima de la taza había una cisterna, que gorgoteaba y emitía un sonido metálico. Cuando acababas, tirabas de la cadena. No era la clase de retrete en el que la gente se entretenía leyendo.

Como la puerta de la calle no cerraba y cualquiera podía entrar en el edificio, a veces había extraños que usaban nuestro retrete. Las puertas se cerraban desde dentro con pestillo. En cierta ocasión, vi un rubí de sangre brillante que destellaba en el asiento de la taza. Alguien acababa de usarlo

para meterse un pico. En otra ocasión, abrí la puerta y me encontré con un chico y una chica follando. Él estaba sentado en la taza, con los vaqueros y la ropa interior en torno a los tobillos y mirando hacia la puerta. Ella, a caballo sobre sus muslos y exhibiendo la dividida carne de su culo, miraba hacia él. Los vaqueros y ropa interior de ella estaban en un montón en el suelo. El chico tenía la mirada perdida sobre el hombro izquierdo de ella y las facciones tensas por el placer y el esfuerzo. Miraba directamente a mis ojos, ajeno a todo salvo a las sensaciones que latían en su polla. La chica galopaba con fuerza. No me oyó abrir la puerta, no se volvió ni aminoró el ritmo. Yo cerré la puerta y volví corriendo al piso y se lo conté a Sylvia, quien dijo: «¿Y si yo necesito usar el retrete? No quiero encontrarme a nadie ahí». Me ordenó decirles que se marcharan o llamaría a la policía. Yo no quise hacerlo. Ella tampoco quería, en realidad, pero había adoptado una actitud de propietaria, porque estaba en juego una dignidad burguesa que no tenía. «Si no vas tú», dijo, «lo haré yo».

Fuimos juntos.

Abrí la puerta. La pareja se había marchado.

Mi madre me ha telefoneado solo para charlar y ha descolgado Sylvia, quien le ha dicho que se había cortado el pelo y le había quedado mal; estaba demasiado molesta para hablar y me ha pasado el auricular a mí.

Mi madre me ha preguntado:

—¿Cómo está el dedo de Sylvia?

He contestado:

—No tiene problema alguno en el dedo.

—¿No? Me ha dicho que se había cortado un dedo.

—No. Se refería al pelo —he dicho yo—. Se ha cortado el pelo mal. No le gusta cómo ha quedado.

—Oh, creía que era el dedo. Me ha preocupado. Papá lo ha oído y también se ha preocupado.

Ha debido de oírlo por telepátia. Mi madre parecía confusa, intimidada por Sylvia.

Mi madre, herida, confusa, no entiende por qué no cae bien a Sylvia. Se siente impotente para remediarlo. Su mayor preocupación era la de que yo me casara con una *shikse*. No tiene motivo para preocuparse.

(*Diario, enero de 1961*)

Una causa principal de nuestras peleas era mi deseo de irme, después de la cena, al cuartito contiguo a la sala de estar. Había un catre, una silla de cocina y una inestable mesa de madera en la que coloqué mi máquina de escribir. La mesa estaba pegada a la pared y debajo de la alta ventana y solo quedaban unos centímetros entre el respaldo de la silla y el catre. Yo me sentaba a la mesa y miraba hacia el río Hudson y el Upper West Side por sobre los tejados, con sus chimeneas, líneas de ropa tendida, depósitos de agua y palomares. Si miraba abajo, veía las ventanas de los dormitorios de un edificio de pisos a unos quince metros de distancia. Los vientos del oeste hacían vibrar el cristal de la ventana, penetraban por entre la masilla floja y me helaban los dedos, con el gélido aire del río Hudson, y me los dejaban agarrotados al teclear. La barbilla y la punta de la nariz se me entumecían. Oía a Sylvia suspirar y pasar las páginas de sus libros y el rasguear de su lápiz cuando tomaba notas. Yo estaba a cuatro pasos de distancia. Aun así, se sentía abandonada, excluida, sola, enfadada y Dios sabe qué más. Eran solo cuatro pasos de distancia, pero yo estaba fuera de su vista y no la veía. Tal vez tuviese la sensación de haber dejado de existir. No quería que me fuera al cuarto frío.

Después de cenar me entretenía en la cama, leyendo una revista, mientras ella se preparaba para estudiar recogiendo los cuadernos. Cuando empezaba a estudiar, yo me preparaba para abandonar la cama. Nunca me limitaba a marcharme de forma simple y natural, sino siempre poco a poco, para que Sylvia se acostumbrara a la idea. Me movía, dejaba la revista y me disponía a dirigirme hacia el cuarto frío.

—¿Ya te vas a tu agujero?

A veces, volvía a tenderme en la cama, pensando: «Escribiré mañana por la mañana, cuando se vaya a clase. Tal vez se quede dormida dentro de

unas horas. Entonces escribiré. Es un pequeño sacrificio, pero mejor que una pelea». Eso en sí —mi deseo de no pelear— podía ser una incitación. «¿Por qué no lo hablamos un momento...?». Parecer racional, cuando ella estaba muy alterada, la alteraba aún más, como una bofetada. En cierta ocasión, me tiró la máquina de escribir, una Olivetti portátil, Lettera 22, que me había regalado —«Para ayudarte a escribir»—, a la cara. Chocó con la pared y después con el suelo, pero no se estropeó. Aún la uso. Tampoco destruyó el teléfono, aunque con frecuencia lo intentaba, al tirarlo de la repisa o lanzarlo contra la pared de ladrillo.

Yo escribía y escribía, rompía todas las páginas y escribía algo más. Al cabo de un rato, no sabía por qué estaba escribiendo. Mi deseo original, ya bastante complicado, se volvió una compulsión agotadora, en parte a pesar de Sylvia. Trabajaba denodadamente en el cuarto frío, más de lo necesario, con la esperanza de que estuviera, así, justificado.

Escribir un relato no era tan fácil como escribir una carta o contar una historia a un amigo. Debía serlo, en mi opinión. Chéjov decía que era fácil, pero yo apenas podía acabar una página en un día. Me veía demasiado embrollado con las palabras, la extraña relación de los sonidos, como si hubiera una música detrás de las palabras, como el extraño canto de un demiurgo del que procedían imágenes, realidades virtuales, calles, árboles y personas. Se volvía cada vez más alto, como si la música fuera el relato. Tenía que apartarme, dejarlo suceder, pero no podía. No bailaba bien, al oír la música y dar los pasos de baile, incapacitado como estaba para dejar que la música me llevara.

A veces, mientras escribía en el cuarto frío, me sentía eufórico, como si hubiera transcendido todas las dificultades y hubiese hecho algo bueno. El relato se había escrito solo. No conservaba residuo alguno de mí. Estaba limpio. Un día después, al leerlo con espíritu más crítico, me sumía en los pensamientos más negros sobre mi destino. Deseaba tan poco: tan solo un relato que no me hiciese sentirme avergonzado de mí mismo la semana siguiente o cinco años después. Era desear demasiado. El relato que había escrito no era bueno, lo que me rompía el corazón. Yo no valía.

—¿Ya te vas a tu agujero?

Tenía la sensación de estar cavándolo.

Sylvia tenía un dolor en el hombro. Se ha tendido en la cama y me ha pedido que le diera un masaje, pero, cuando la he tocado, se ha retorcido con espasmos y me ha apartado la mano. He seguido intentando hacerlo bien, pero no cesaba de retorcerse y no me decía dónde debía masajear. Después ha saltado de la cama y ha estado recorriendo la habitación para arriba y para abajo, mientras se masajeaba el hombro.

—Tengo un punto dolorido. Un extraño lo haría mejor que tú.

(Diario, enero de 1961)

Sylvia padecía dolores con frecuencia o estaba nerviosa, como derrotada, sobre todo cuando tenía la regla. Se tumbaba en el sofá o en nuestra cama, gimiendo, sollozando, y me rogaba que fuera a comprarle Tampax. Yo no sabía cómo podía eso aliviarle el dolor, pero ella insistía quejándose y retorciéndose. Necesitaba Tampax. Ocurría siempre, sin falta, a las tantas después de la medianoche, cuando yo estaba pensando en irme a dormir. En lugar de dormir, me veía fuera, en la calle, buscando una farmacia. Me aterraba afrontar al dependiente, quien pensaría que era un travestido del Village particularmente extraño. Pedía Tampax con voz de matón, como si estuviera concebido para hombres brutales. Una noche, cuando volví al piso con la caja de Tampax, advertí una tenue sonrisa en los labios de Sylvia. Mandarme a comprar Tampax la excitaba. Decidí no hacerlo nunca más. Como si me hubiera adivinado el pensamiento, dejó de pedírmelo.

¿En qué otras cosas hacía teatro? Sylvia sabía cómo se comportaba. No quería examinarlo con un psiquiatra: le resultaba demasiado violento y carente de sentido. Tal vez todo fuera teatro. La diferencia entre una persona y otra radicaba en lo que sabían sobre su teatro particular. Willy Stark tenía una idea parecida: todo es teatro; nada es real. Todo el mundo tenía un papel que representar o todo el mundo, le gustara o no, debía representar un papel. Actuabas en tu teatro o en el de otro, conforme a tu fuerza de voluntad e imaginación. Por entonces, Adolf Eichmann, en

Jerusalén, estaba diciendo al mundo que nunca había matado a nadie, judío o no. Matar no era propio de él, pero, según dijo, si sus superiores de las SS le hubieran ordenado matar a su padre, lo habría hecho.

Sylvia se mira en el espejo y sueña con amantes, mientras se corta el pelo. Le preocupan los granos, los dolores y el embarazo y también lo que todo el mundo piense de ella y pasa mucho tiempo durmiendo o tumbada comiendo caramelos y pastas glaseadas y quejándose de los dolores. De vez en cuando, se muestra cariñosa conmigo. Hoy no ha cesado de hablar de sus reglas, de las muchas horas de su vida que ha pasado sangrando.

(Diario, enero de 1961)

Yo consignaba nuestras peleas en un diario secreto, porque cada vez me veía menos capacitado para recordar cómo habían comenzado. Primero había un insulto inadvertido y después una irritación desproporcionada. Me desconcertaba no saber por qué ocurría así. Era objeto de una furia tremenda, pero ¿qué había hecho? ¿Qué había dicho? A veces tenía la impresión de que la irritación no iba dirigida, en realidad, a mí. Yo simplemente entraba en la línea de fuego, pues hacía mucho que el blanco verdadero había muerto. Yo no lo era. Él no era yo. Yo me había vuelto en cierto modo una alucinación de Sylvia. Tal vez no existiera yo, al menos no como existen una mesa, un sombrero o una persona. En cierta ocasión, cuando pensaba que una escena horrible se había acabado, me tumbé y me cubrí los ojos con los brazos. Eran más de las tres de la mañana, pero Sylvia se negó a apagar la luz. Permaneció sentada en una silla, a dos metros de distancia, contemplándome. Entonces la oí decir: «No entiendo cómo puedes tener el valor de quedarte dormido». Supongo que ella habría podido clavarme un cuchillo en el corazón, pero no podía darse el lujo de matarme. Se habría quedado sola. No me hacía falta valor para quedarme dormido.

En otra ocasión, sacó todas mis camisas del armario y las tiró por el suelo, las pisoteó y les escupió. La cogí de las muñecas y la empujé hasta la cama, mientras le gritaba en la cara que la quería. Poco a poco, pareció relajarse y ceder. Yo iba calmándola, más como un observador que como un combatiente convencido, y notaba los cambios por los que iba pasando, cada grado de sentimiento.

Después de todas las peleas, a no ser que mantuviéramos relaciones sexuales, Sylvia solía sumirse, agotada, en el sueño. Deshecho de angustia y cada vez más despierto, yo me obligaba a repasar la pelea, momento a momento, describiéndola por escrito y con todo detalle en el cuarto frío, mientras ella dormía. Era mi forma de cerciorarme, aunque solo fuese, de que de verdad había sucedido. Era también una forma de hablar de ello, aunque solo conmigo mismo. Escondía el diario en un espacio justo debajo de la superficie de la mesa en la que escribía los relatos. Ninguno de estos versaba sobre la vida en MacDougal Street. Mi vida no era el tema del que trataban. No quería aprovecharla para fines narrativos. Ni siquiera hablaba nunca de ella con nadie y me imaginaba que nadie sabía lo terrible que era. Como cuestión de principio y por vergüenza, guardaba para mí todo lo que ocurría en MacDougal Street. Al ocultar lo sucedido en mi diario, cuando Sylvia quedaba agotada, hice que pareciera aún más secreto. Después, una tarde, Malcolm Raphael, otro amigo de la Universidad de Michigan, vino a visitarme. Estábamos solos en el piso y me contó que acababa de volver de Mallorca, donde había oído hablar a unos americanos, en la playa, cerca de él, sobre Sylvia y yo. Uno de ellos vivía en nuestro edificio. Estaba describiendo nuestras peleas a los otros.

Me sentí como si fuera a volverme ciego y mudo, al repudiar aquella noticia, negarla en mi fisiología. Era como desmayarse. Al ver mi reacción, Malcolm se echó a reír y me habló de peleas que había tenido con su mujer. Fue un momento extraordinario. Los hombres nunca hablaban entre sí de ese modo. Sus peleas eran tan duras como las mías, pero él las presentaba como si fueran graciosas. No sentía la menor vergüenza.

Se lo agradecí, me sentí aliviado, aturdido de placer. Entonces los demás vivían también así, incluso un muchacho encantador y culto como Malcolm. Nos reímos juntos. Me sentí felizmente irresponsable. Supuse que

infinidad de hombres y mujeres en todos los Estados Unidos estaban desgarrándose igual. ¡Qué estupendo! Yo era normal. Era una sensación deliciosa, pero pensar así me daba también grima. Me acordé de algunos muchachos homosexuales y extravagantes que había conocido años atrás, mientras aprendía a patinar sobre hielo en Iceland, la pista contigua al Madison Square Garden. Me los encontraba hendiendo el hielo como centellas o reunidos al borde de la pista, contemplando a los patinadores y cotilleando. Se referían a todo el mundo con el calificativo de «sarasa». El poli con el que nos cruzábamos por la calle era un «sarasa poli». El alcalde de Nueva York era un «sarasa alcalde». Un famoso jugador de fútbol americano era un «sarasa futbolista». Todo «él» pasaba a ser «ella». Cuanto más masculino, estricto, correcto, oficial, moral y autoritario, más sarasa ella.

Después de haber hablado con Malcolm, me sentía como los muchachos homosexuales —vergüenza aparte— en el escenario, con mi vida secreta sujeta a la voraz curiosidad de todo el mundo y, a su modo afeminado, me autorizaba a pensar que todos los hombres y mujeres que vivían juntos eran como Sylvia y yo. Todas las parejas, todos los matrimonios, estaban enfermos. Ese pensamiento, como una sangría, me purgaba. Yo era desdichadamente normal; era normalmente desdichado. Pensaran lo que pensasen las personas de mí, podía pensarlo yo primero de ellas. Podía exhibir mi vergüenza como una forma de desprecio por ellas. No hay mejor disfraz de la vergüenza que el desprecio y nada hay tan fácil como burlarse y denigrar. Nada es más placentero para la vanidad de los demás. Dos personas cualesquiera que charlen estarán haciendo comentarios odiosos sobre una tercera. Es una forma perversa de generosidad y autoadoración. Sylvia no estaba enterada del cotilleo. Como vivía con un temor constante a la humillación, yo no se lo conté. Al haber saltado por los aires nuestro secreto, se reforzó mi compromiso con ella. Aunque no lo supiera, estaba en verdad herida, había sufrido una muerte virtual. Aún no nos habíamos casado, pero Sylvia quería hacerlo pronto y a mí ni se me ocurrió la simple idea de que se trataba de una imprudencia. Si no quería casarme con Sylvia, no podía ni pensarlo, no podía ni reconocerlo. No tenía pensamientos ni